

... Aislado en aquel peñasco, con dos
cadáveres y un enfermo por toda compañía,
el Rector vela... y salva al inocente...

El PADRE GARREC

GUARDIAN DE FARO

RENÉ
MADEC



Difícilmente se encontrará una figura literaria en la que inteligencia, valor y caridad se combinen en un producto tan reciamente humano como este padre Garrec, que fue marino antes de ser rector de un pueblecito bretón... Su sentido de la responsabilidad y su amor a los hombres le convierten en un sagaz y espontáneo paladín de la justicia. Ni el misterio ni el peligro son capaces de detenerle. Con una perspicacia y una entereza admirables se entrega a las más arriesgadas investigaciones, y siempre logra desbaratar la muralla de mentiras y complicidades que ocultaba al culpable... Sitiado por el mar en el faro de Verrès, reducido a sus solas fuerzas, le vemos en esta obra empeñado en una de sus aventuras más sorprendentes. Dos hombres han muerto de una manera incomprensible. Los criminales han desaparecido sin dejar huellas y es preciso descubrirlos porque está en juego la suerte de otro hombre... Mientras tanto hay que encender el faro, hay que mantenerlo en servicio; sus guardianes ya no pueden y es menester que los buques divisen la señal, para que no pierdan la ruta. Hay que hacerlo, a pesar de la fatiga y la ignorancia, a pesar del terror y la locura que acechan desde todos los rincones de la siniestra torre...

1

-**D**ATE prisa, Rector; voto a...

-No jures, matasanos, no jures.

Contestó el padre Garrec, Rector de Riélan-sur-Mer, sin enfadarse. Pero la orden no cayó, por lo visto, en el vacío, pues el matasanos añadió:

-¡Lo que faltaba! ¡Eres un marinero de pega!...

¿Cómo se dejaba tratar el Rector de aquel modo? ¿Él, un sacerdote encanecido y prestigioso, que, para colmo, había sido capitán de altura antes de vestir la sotana?...

Pero ¿era, de verdad, el padre Garrec? Quien iba en la proa de aquel velerillo que navegaba gozoso entre el mar azul, el límpido cielo y el sol dorado, era una especie de coloso de recio cuello, enorme torso modelado por una camisa de «sport» y ancha grupa ceñida por un pantalón corto de tela azul, bajo el cual asomaban unos muslos y unas pantorrillas abundantemente provistas de vello.

Quizá resulte inoportuno hablar de la parte posterior de un sacerdote; pero, aunque estaba de rodillas, el Rector no se encontraba precisamente en actitud de rezar. Con sus potentes brazos izaba a bordo una vela empapada, que iba saliendo del agua como una red. Su sotana descansaba sobre uno de los bancos, muy bien doblada. El ex marino había adoptado circunstancialmente aquella indumentaria deportiva, porque habría sido inútil, y hasta peligroso, que hubiese intentado «maniobrar» con el traje talar.

Cuando acabó de recoger la vela, consideró con aire lastimero la lona mojada; en su expresión se leía claramente: «¿Qué hacemos ahora?». Después se irguió con una mueca, y se volvió hacia popa. Una carcajada estentórea sonó entonces en el extremo opuesto de la embarcación.

—¡Te has lucido, Rector! ¡Te has lucido! ¿Qué le decías a tu gente cuando dejaban caer las velas al agua, capitán?

El que así bromeaba, sentado junto al timón, sabía perfectamente que el Capitán-Rector Garrec jamás había mandado un velero y que los buques mercantes ya no llevan foques; pero ¿cómo iba a dominar la tentación de burlarse un poco de su viejo amigo? Además, era día de fiesta, era la gran ocasión, rara vez alcanzada, de salir a bordo de la «Stella-Maris», la pequeña balandra del Rector. El matasanos se reía con toda su alma —persuadido de que el sacerdote no tardaría en vengarse—, y sus ojos brillaban en medio de la espesa selva talada que la abundante barba formaba sobre su cara.

Igual que su compañero, sólo se cubría con una camisa y un pantalón corto. Hacía tanto calor aquella hermosa mañana, que hasta la brisa del mar era cálida y, a ratos, sofocante.

Pero al doctor Le Stunff, médico de Riélan-sur-Mer, le faltaba mucho para llenar la ropa que vestía. Era tan menudo, que parecía nadar dentro de la tela, o mejor dicho, parecía que la mantuviese a distancia —como una aureola que le rodeara— con su sistema piloso.

Sin dejar de reír, prosiguió:

—Has tenido suerte. Podías haberte caído al agua, Rector. ¿Es que las drizas de tu barco están podridas, o es que no te das cuenta de la fuerza que tienes?... A menos que pagues con ellas los malos humores que la santidad te impide descargar sobre las beatas del confesonario y los galopines del catecismo...

–¡Calla, matasanos, calla, que luego me tocará reír a mí! –respondió el sacerdote mientras enrollaba cuidadosamente la vela mojada sobre el minúsculo puente–. La driza no ha aguantado. ¡Qué quieres, apenas salimos! Y aunque uno no lo note, los aparejos se estropean si no se usan. Los perezosos y los satisfechos fallan en cuanto Dios los pone a prueba.

–Nada de sermones, Rector; nada de sermones. Y vamos a hacer por la vida. He traído un salchichón estupendo...

–Y yo, una botella de clarete que me ha mandado mi sobrino de Angers, sin contar otra de vino dulce que tengo aquí...

Sentados en la popa del «yate» –como le llamaban pomposamente los vecinos del puerto de Locmaria-en-Riélan, pese a que la palabra resultaba un tanto pretenciosa aplicada al barquito aquel–, los dos hombres se pusieron a comer y a charlar alegremente. Se sentían felices, completamente felices. Ambos llevaban una existencia atropellada. Ambos iban continuamente de un alma a otra, o de un cuerpo a otro, sin hallar casi nunca reposo. Su mayor placer era salir juntos al mar durante un día entero, pero pocas veces lo conseguían; cuando era domingo o fiesta religiosa, el Rector no podía ausentarse; a lo largo de la semana, el médico debía visitar a sus enfermos, atender su consulta, cumplir con sus funciones de médico del Registro Civil y, si el caso se presentaba, hasta con las de forense. Era menester que llegase una festividad que no fuera religiosa –como aquel 14 de julio, por ejemplo– y que el tiempo se mostrase favorable, además, para que los dos amigos pudieran divertirse en paz y compañía. Pero «santa Mariana»^[1], como ellos decían, había amanecido al fin, y desde bien temprano navegaban a vela, libres de todo cuidado. No eran más que dos niños

grandes, sin edad, sobre el mar eterno, en alas del eterno viento, bajo el sol incesantemente renovado. Cierto que si le hubiesen preguntado, el sacerdote hubiera respondido que aquella belleza era la imagen de Dios, pero no pensaba en nada; era, simplemente, y se contentaba con ser, con ser un hombre que goza del mar a bordo de un velerillo. Aunque poseía ojos de pintor, tampoco se decía el matasanos: «¡Qué hermosura! ¡Qué encanto!»; estaba allí lo mismo que su amigo, y se sentía dichoso, sencillamente dichoso.

–Oye, Rector: ¿y si echásemos unos anzuelos, a ver si pica algo?

–De acuerdo. ¡Pero mira! Estamos llegando al faro. He traído unas bombas de bicicleta viejas. Vamos a dárselas a los torreros. Charlamos un rato con ellos (y confieso a alguno, si se tercia, pensó), y luego nos ponemos a pescar.

–¿Que has traído bombas de bicicleta? ¿Para qué las quieren los torreros?

–¡Pero hombre! ¿Todavía no sabes que no hay cosa que le agrade más a un guardián de faro que los huesos de caballo –mira: aquí traigo en mi zurrón– y los tubos de bombas?

–Se comprende que les gusten los huesos de caballo. Les sirven para hacer barcos en botellas. ¡Pero las bombas!...

–Les sirven para hacer mecheros.

–Los mecheros redondos ya no se estilan, Rector.

–No seas bruto, matasanos. Aplastan los tubos y los hacen rectangulares. ¡El tío Querré es un maestro en estos menesteres!

–Pero ¿todavía está en activo? Yo creí que ya le habían jubilado. Veo que la Marina...

–¡La Marina! Eres médico de un puerto que tiene faro y que está enfrente de otro, de éste, ¿y aún ignoras que los torreros son funcionarios de Obras Públicas? ¡Voy a tener que mandarte al catecismo! ¿Sabes siquiera el Credo?

—¿Es que enseñas el reglamento de los torreros en el catecismo? En todo caso, me figuro que no darás lecciones de anatomía; el caballo al que pertenecían estos huesos tenía una tibia de vaca y un fémur de carnero.

—¡Calla! Mal rayo te...

—¡Cómo! ¿Vas a jurar tú ahora?

—Es el marino, matasanos; el marino que resucita y...

—¡Valiente marino! ¿Con ese aspecto de oficinista en vacaciones, quieres parecer marino? ¡Sólo te falta un sombrero de paja!...

Aquel continuo bromear ahuyentaba, la solemnidad exigida de ordinario por sus respectivos misterios. Olvidaban así toda seriedad y se sentían ligeros como niños. Aquella inocente manera de mortificarse mutuamente traía descanso a sus ánimos y los tonificaba, igual que el viento del mar sus pulmones, lo mismo que el sol la piel demasiado blanca de sus miembros. La piel de sus miembros solamente, no la de sus caras, pues en el Rector presentaba en todo tiempo un color de arcilla cocida, y en el médico estaba protegida —salvo los ojos— por una capa de pelos que ningún rayo solar hubiera podido atravesar.

Con una graciosa inclinación, saludaba el barquito a cada ola, la salvaba en seguida ágilmente y seguía después su camino, rasgando el agua con suave roce. El faro se aproximaba. Habría resultado imposible intentar un paseo en bicicleta al pie de su torre: parecía que la alta columna estuviese directamente cimentada sobre el mar.

Sin embargo, un examen más atento descubría inmediatamente que el faro se apoyaba en una breve base de rocas abruptas, poco más ancha que la obra de mampostería. La reducida masa rocosa tenía, no obstante, suficiente extensión para formar por el lado Norte, es decir, cara a la costa, una pequeña herradura, en la que había sido construido un minúsculo embarcadero. Cuando hacía buen tiempo, como aquel día, era fácil atracar allí.

–Creo que han pasado, por lo menos, tres años desde que vi por última vez a ese bueno de Querré.

–¡Pues como no cuente más que contigo para su abastecimiento!... Pero ¿estará hoy de servicio?

–Ahora saldremos de dudas. Si no está, sus compañeros le darán lo que le traigo...

–¿Hay tres hombres de servicio aquí?

–No, dos. Pero están destinados tres para poder establecer un turno: cada uno permanece un mes en el faro y quince días en tierra. Lo sabes tan bien como yo; ya has venido conmigo.

–No, Rector; nunca he venido aquí. Jamás nos hemos apartado tanto de la costa, ni yo he ido nunca al infierno...

–¡Ah, vaya! Por lo menos, sabes eso. Sí, esta torre... Los marinos no dicen «un faro»; de noche dicen «un fuego»; de día, «una torre». ¿Lo sabías, no? No eres tan ignorante. Esta torre...

–Les Verrès...

–Así se llama, efectivamente.

–Para que veas que mis conocimientos son más amplios de lo que tú supones.

–Bueno, ¿pero vas a dejarme hablar o no? Esta torre, en lenguaje de torrero, es un «infierno», lo cual significa que no tiene tierra alrededor, sino sólo agua.

–¿Y no pueden disponer siquiera de un bote para pescar?

–No; les está prohibido. Imagina que se apartasen y no pudiesen volver, ¿qué ocurriría? Además, aquí pueden pescar desde la misma torre, o mejor aún, desde las rocas; están cortadas a pico.

–¡Qué soledad!

–Sí. Los «purgatorios» son los faros que están en una islita, por lo general desierta o escasamente habitada, pero lo bastante grande para que puedan desentumecerse las piernas o cazar conejos; a veces, incluso les es posible plantar al pie de la torre algunas lechugas o algunas flo-

res; eso les distrae. Es muy molesto tener que poner a secar la ropa en la ventana...

–Es lo que hacen aquí. Estoy viendo una camisa.

–Y los «paraísos» son los faros que están en tierra firme, en el continente, o en una isla considerable. Encender reverberos se convierte entonces en un oficio de dentista...

–Con cuartos de guardia...

–Y centenares de escalones que subir y bajar –añadió el Rector.

Y pensó en sus piernas, que ya empezaban a envejecer, a pesar de lo cual todavía se encontraba en condiciones de recorrer cuarenta kilómetros en bicicleta, cara al viento, con la sotana tremolante y la teja inclinada hacia adelante, a guisa de paraguas.

La torre de Les Verrès se perfilaba cada vez con mayor claridad. No era un faro moderno. Era cuadrada y tenía cinco plantas. En cada una de ellas, se abría por el lado Norte (el menos expuesto a los temporales, pues, en la costa Sur de Bretaña, los vientos del Norte son vientos de tierra, inofensivos), una ventana bastante grande, que correspondía a una habitación. Por el costado Sur, que nuestros viajeros no veían, puesto que era el que miraba hacia el mar, cada tramo de la escalera, el Rector lo sabía y se lo explicaba a su amigo, recibía la luz del día por una angosta aspillera. Coronaba la torre una plataforma algo más ancha que el edificio, en cuyo centro se alzaba como un absceso duro y metálico, la linterna con el dispositivo óptico. Durante el día, unas cortinas velaban por dentro los cristales de la linterna. Dos de estos cristales eran rojos; correspondían a sectores peligrosos, es decir, a lugares donde había rocas o bajíos.

En el borde de la plataforma, se apoyaba un mástil o brazo de grúa, que se utilizaba para izar los víveres y el re-

levo, cuando la marejada impedía que el buque abastecedor atracase en el embarcadero.

La balandra estaba ya muy cerca de la torre. Al Oeste de la roca, las olas se hinchaban pesadamente, erguían amenazadoras su alta cresta verde y se desvanecían sin romper.

—Es un día inmejorable —dijo el Rector—. Pocas veces está el mar tan en calma por aquí.

¡En calma! A cualquier muchacha, a cualquier turista, le habrían parecido impresionantes aquellas olas y harto tranquilizadoras las incisivas ráfagas que de cuando en cuando lanzaba la brisa del Este; para el Rector..., ¡perdón!, para el capitán Garrec, e incluso para el médico, no eran nada, absolutamente nada. De pie sobre la cubierta de la pequeña embarcación, los dos hombres, con toda su atención puesta en la mirada, contemplaban la escotadura de la roca. No; allí no llegaba el oleaje; apenas agitaba el agua un leve reflujo.

—No es difícil atracar —dijo el médico—. Pero ¿cómo vamos a dejar la balandra suelta en medio del embarcadero? A pesar de la bonanza, hay un poco de resaca.

—¡No seas tarugo, hombre! ¿No ves que el embarcadero y la parte plana de la roca forman una herradura? Con amarrarla por proa y por popa a cada extremo de la herradura, la «Stella-Maris» podrá balancearse en medio del embarcadero segura y feliz... como una «vedette», si la Virgen me perdona la comparación.

—¿Como una bailarina? Eso no figura en las letanías.

—¡Calla pagano, que no te las sabes! Bueno, ¿vamos?

—No veo a nadie. ¡No se apretuja la muchedumbre en las ventanas!

—Ya nos habrá visto el que esté de guardia, aunque nosotros no le hayamos visto a él. El otro estará durmiendo o sacándole brillo a algún aparato. ¡Es asombrosa la cantidad de cobre y de hierro que tiene que lustrar esta pobre gente!

—¿Quieres coger el timón, Rector, y hacernos una bonita maniobra?

—Sí, a condición de que tú seas capaz de cargar las velas como es debido cuando yo te lo diga...

—¡Descuida, capitán, que yo no las tiraré al agua!

La maniobra fue impecable. Con la misma exactitud con que medía en otro tiempo, y es lo más difícil, la inercia de los grandes mercantes que mandaba, el Capitán-Rector Garrec apreciaba de modo instintivo el leve peso de su velerillo. Con todo el «trapo» recogido, la embarcación fue a detenerse blandamente al otro lado del breve espigón, en el momento justo en que la resaca cedía.

A pesar de sus cincuenta y seis años, tenía la misma edad que el sacerdote, el médico saltó ágilmente al embarcadero, con un cabo que amarró a una argolla de bronce. Corrió ligero al otro extremo de la herradura y ató a una segunda argolla la amarra que le lanzó el Rector. Una vez sujetos los dos cables, la embarcación quedó al abrigo de cualquier choque, aunque tiraba alternativamente de cada una de las dos amarras, en un incesante movimiento hacia atrás y hacia adelante, hacia adelante y hacia atrás.

—¡Oye! —gritó el médico desde «tierra»—. ¡Oye! ¿Cómo vas a bajar tú ahora? ¡Espera, que voy a dar la vuelta!

—¡Cuando yo digo que eres un tarugo! Mira; basta manejar los cabos con un poco de sentido común.

Tirando de las amarras, el Rector acercó la balandra al embarcadero, y saltó con una seguridad asombrosa, del mismo modo que se aprende a nadar para toda la vida, se es marino para siempre; luego dejó que el barco volviera a su sitio.

—¡Muy bien, curita! ¡Pero veo que el pueblo no te aclama!

—Sin embargo, tú has escandalizado bastante hace un momento.

El Rector aspiró profundamente, y, con todo el vigor de sus pulmones poderosos, llamó:

–¡Eh, Querré!

Nadie respondió.

–Bueno. Entremos. Gritaré en la caja de la escalera. Resuena como para despertar a un muerto.

Los dos hombres subieron los peldaños de granito y se encontraron en un vestíbulo cuyo pavimento de madera brillaba igual que un espejo. Al fondo, se veían los primeros escalones, de granito también, de la escalera de caracol.

El Rector hinchó de nuevo sus pulmones:

–¡Querré! ¿Dónde andas?

Rebotando en los muros, amplificadas como por un portavoz, la llamada se convirtió, efectivamente, en un enorme clamor.

Pero, cuando los últimos ecos se apagaron, volvió el silencio, un silencio de piedra, subrayado por el sordo rugido del mar.

–Es curioso –comentó el Rector.

Y volvió a gritar, con todo el empuje de su voz de marino:

–¿Están todos muertos aquí dentro?

Nadie respondió.

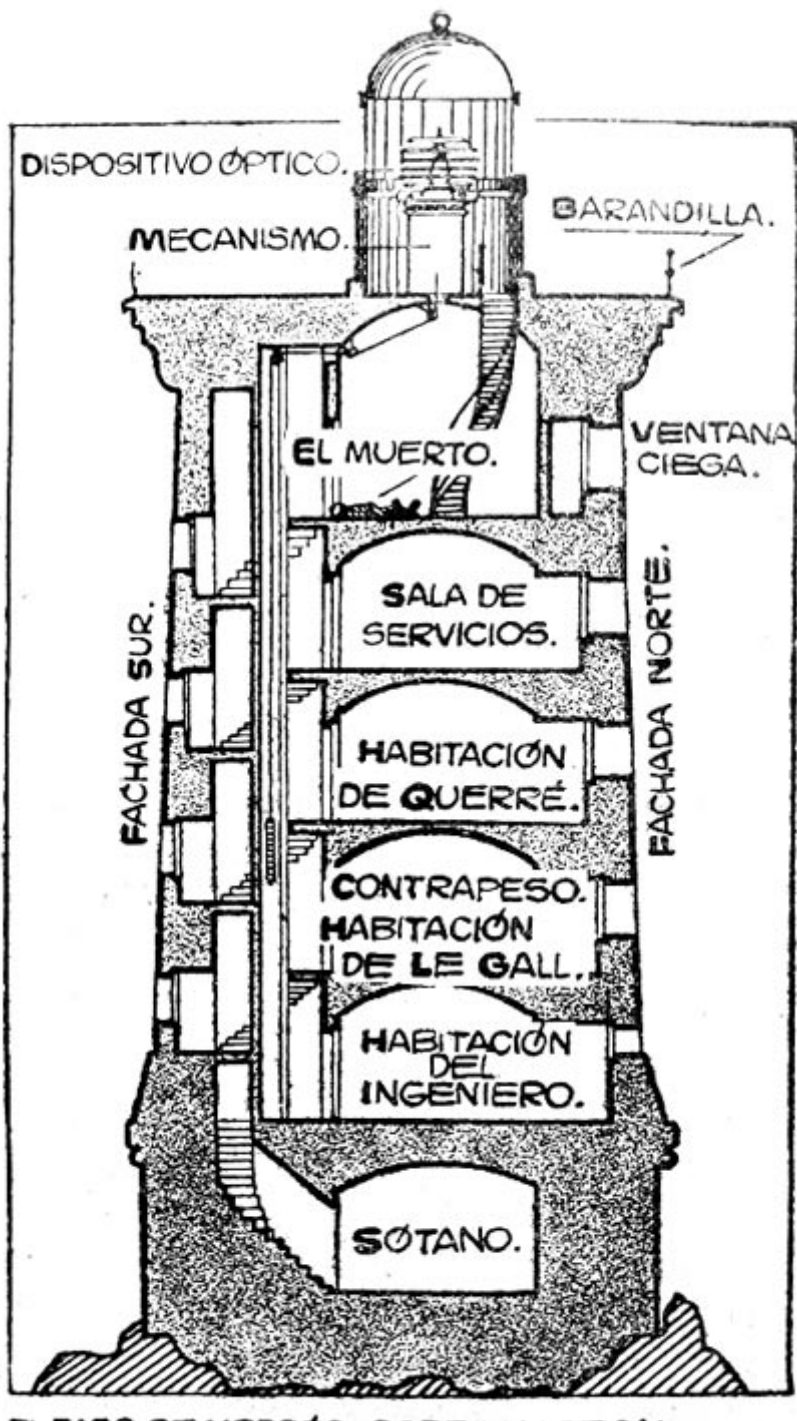
A la derecha, había una puerta de roble cerrada. Otra más pequeña, lo estaba también.

–Subamos –decidió el Rector.

Un poco cansinamente, empuñando con una mano las bombas de bicicleta, como Júpiter sus rayos, y con el zurrrón lleno de huesos en bandolera, emprendió la ascensión.

Al cabo de cincuenta escalones muy empinados, llegó a un descansillo. Un jirón de luz se colaba por la prevista aspillera; enfrente, se veía una puerta semejante a la del vestíbulo, cerrada también. A través de la aspillera, se descubría el mar azul, resplandeciente por el lado del sol.

Otros cincuenta escalones; un segundo descansillo, idéntico al primero. ¡Ah! Y una cuerda. A lo largo del pilar central de la escalera, corría verticalmente una doble cuerda de escaso grosor.



EL FARO DE VERRES. CORTE VERTICAL.

—¡Claro! —se dijo el Rector, es la señal para llamar al que está de guardia; sirve también de montacargas para enviarle objetos menudos, sin necesidad de que el otro guardián suba. ¿Cómo no me habré acordado antes de utilizar este aparatejo?

Cogió una de las cuerdas, tiró con fuerza, y oyó distintamente cómo se agitaban, arriba y abajo, dos campanillas.

Pero no se produjo el menor signo de vida.

—¡Caramba, esta gente duerme a pierna suelta! Por suerte para ellos, yo no soy el Inspector.

Tercer tramo de escalera, tercer descansillo y tercera puerta igual que las anteriores. El Rector se detuvo para tomar aliento.

—¡Demontre —se dijo de repente—, el médico no me sigue! ¡Qué tranquilo! Todo el trabajo para mí...

Y se preguntó con qué broma castigaría a su compañero.

Después del cuarto tramo, alcanzó un descansillo que era diferente de los otros. Era bastante más grande, ocupaba toda la sección del faro y estaba revestido de acero. De allí arrancaba la escala de hierro que conducía a la linterna.

Se volvió hacia la escalera de piedra y gritó con voz sepulcral:

—¡Ven acá, medicucho; no hay más que cadáveres!...

Se apartó, un poco avergonzado por haberse permitido aquella humorada de mal gusto, y de pronto advirtió, al mismo tiempo, que el médico no contestaba y que, sobre la plancha metálica que cubría el suelo, había un cuerpo tendido boca abajo.

Dejó escapar una exclamación, se aproximó, se inclinó y vio que la cabeza de aquel cuerpo descansaba en un